

MITOS Y REPRESENTACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Editores

Gastón Becerra | Joaquín Mezzadra | Guillermo Movia



“La IA es la amiga ideal”. Claves psicológicas para analizar un lazo paraficticio

Carla Ávila

La IA es la amiga ideal: ¿ideal según y para quién?

La idea de que una IA puede ocupar el lugar de un amigo es uno de los mitos más novedosos y fascinantes de nuestra época. En un mundo donde las relaciones humanas se tornan cada vez más frágiles e inciertas, no sorprende que algunas personas empiecen a considerar posible —y hasta deseable— vincularse emocionalmente con una IA. ¿Pero qué significa “amistad” en este contexto? ¿Qué revela este fenómeno sobre nuestra sociedad y sobre nosotros mismos?

El mito de la IA como amiga responde a condiciones sociales y afectivas muy específicas. Si queremos comprenderlo en profundidad, no alcanza con interrogar a la tecnología: hay que interrogar también a la cultura que la produce y a las subjetividades que lo sostienen. Vivimos en tiempos donde los vínculos afectivos están en crisis. La soledad es epidémica, los lazos comunitarios se erosionan y la exigencia de autosuficiencia emocional se ha naturalizado. En este escenario, la IA aparece como una promesa tentadora: compañía sin riesgo, escucha sin juicio, presencia sin conflicto.

Pero esta promesa encierra una paradoja. La amistad, tal como la conocemos, es todo lo contrario a lo automático: implica historia, conflicto, negociación simbólica, fallas, silencios, miradas. Decir que un sistema diseñado para optimizar interacciones puede convertirse en “amigo” no es una afirmación ingenua: es una operación cultural con consecuencias profundas.

Este mito se nutre de varios elementos de época. En primer lugar, de una cultura de la inmediatez, donde la espera es vista como fracaso y la incomodidad relacional como defecto. En segundo lugar, de una tecnología con intereses reales, los cuales no conocemos del todo. Y, en tercer lugar, de una idealización del otro obediente: aquel que nunca contradice, no demanda y está siempre disponible.

Sería pertinente retomar la idea de Bauman (2000) con su “modernidad líquida”, donde los vínculos son fugaces, reversibles y gestionados como objetos de consumo emocional. En este paisaje afectivo, lo sólido incomoda y lo inmediato tranquiliza. Por su parte, Byung-Chul Han (2010) advierte que habitamos una “sociedad del rendimiento” que rechaza la negatividad, el conflicto, la alteridad: todo debe ser fluido, amable, sin fricción. En ese clima, la IA no irrumpe, sino que encaja perfectamente como compañía dócil, eficiente, sin desvíos. Foucault (1984)

planteaba que la amistad es una forma de resistencia, una práctica que escapa al control y abre posibilidades de subjetivación, ¿qué queda de eso cuando el otro es un programa que nunca nos contradice? Tal vez, más que un vínculo, estemos construyendo una obediencia emocional decorada de afecto.

Este mito también bebe del imaginario tecnocientífico que nos dice que todo puede mejorarse. Incluso los vínculos. Que la amistad puede optimizarse. Que el afecto puede ser gestionado como un algoritmo. En esta narrativa, se equipara “sentirse acompañado” con “estar vinculado”. Pero eso es una simplificación bastante arriesgada para nuestros sentidos.

La amistad desde la psicología

La amistad —al menos tal como la conceptualizamos filosófica y psicológicamente— implica reciprocidad, deseo del otro, historia compartida, posibilidad de herir y ser herido, capacidad de perdonar, compromiso y, sobre todo, alteridad. La IA puede simular parte de eso, pero carece de lo esencial: no desea, no falta, no sueña, no se corre del guion.

Si retomamos a Lacan (1949), uno de los principales referentes del psicoanálisis contemporáneo, el deseo no se basa en una carencia material, sino simbólica. Deseamos porque hay algo que no puede ser satisfecho plenamente, algo que escapa. La IA, en cambio, funciona sin falta. Siempre está. Siempre responde. No interrumpe ni contradice. Y ese “otro” sin fisuras, en el fondo, no es un otro: es un espejo narcisista: una imagen que nos refleja idealmente, sin diferencia, sin tensión. No deseamos a un otro real, sino a una proyección controlada de nosotros mismos. ¿Entonces a quién deseamos?

En esa simulación proliza y sin resto, algo empieza a pasar del otro lado: nos acostumbramos. A que el otro no cuestione. A que el vínculo no duela. A que la respuesta llegue sin demora y sin cuerpo. Nos adaptamos a un lazo que responde a la demanda, pero no la pone en juego. Que acompaña, pero no transforma. Y cuando eso se vuelve habitual, empieza a desplazarse, imperceptible pero constante, el umbral mismo de lo humano. Lo que antes definíamos como relación —con su incomodidad, su imprevisibilidad, su conflicto— se empieza a reemplazar por otra cosa: una especie de compañía higiénica, sin tensión. Nos relacionamos con una ausencia presente, una alteridad domesticada. Y en esa domesticación, perdemos también nuestra capacidad de sostener al otro real, con todo lo que implica: su incertidumbre, su límite, su diferencia.

La IA funciona, entonces, como placebo afectivo. No cura la soledad, la anestesia. Nos ofrece una versión *low cost* de lo relacional, que alivia por un rato,

“La IA es la amiga ideal”. Claves psicológicas para analizar un lazo paraficticio

pero posterga el verdadero trabajo vincular. Y en ese aplazamiento puede haber más riesgo que alivio: nos vamos quedando cada vez más solos.

Quizás, como primer paso en este desorden, podemos ponerle nombre a este tipo de vínculo, separarlo de la conceptualización de amistad. Podemos pensarlo como un “lazo paraficticio”: una relación afectiva basada en una ficción relacional. O como un “vínculo parafuncional”: cumple funciones típicas de un lazo humano (escucha, sostén, contención), pero sin el peso existencial del otro real.

Pero no basta con nombrarlo, hay que preguntarse por el ecosistema que lo alimenta. Porque ningún vínculo se da en el aire: estos lazos surgen y se normalizan en un entramado social que convierte nuestras necesidades afectivas en oportunidades de mercado. Lo que en apariencia es una elección personal, muchas veces es una respuesta a presiones culturales más amplias. En una época que individualiza el malestar y nos responsabiliza por nuestra propia soledad, no sorprende que se naturalice la idea de que cualquier compañía es válida, que el afecto puede ser automatizado, y que si algo alivia aunque sea por un rato, entonces ya es suficiente. Así, se instala una lógica donde la calidad del vínculo importa menos que su disponibilidad inmediata.

¿Qué le pasa a la calidad de nuestros vínculos?

Cuando irrumpieron las redes sociales y el uso masivo de pantallas, la sociedad se sumergió sin cuestionar sus dinámicas, y solo con el tiempo empezaron a hacerse visibles las consecuencias sobre la atención, el sueño y la salud mental. Hoy, frente a la nueva inflexión tecnológica que representa la IA, tenemos la oportunidad de no repetir ese error. Naturalizar el vínculo afectivo con entidades artificiales sin una reflexión crítica puede convertirnos en usuarios pasivos de una industria que mercantiliza nuestras vulnerabilidades más profundas. Y esto no es solo una cuestión cultural, sino también biológica: investigaciones recientes (Reinecke et al., 2024) sugieren que los humanos estamos evolutivamente predispuestos a detectar agencia, incluso donde no la hay. Esa hiperactividad del sistema de detección de agentes, sumada a la fluidez conversacional de los modelos de lenguaje, actúa como un potente gatillo para el antropomorfismo. No se trata entonces de culpar o ridiculizar a quien se siente comprendido por una IA, sino de entender que esa ilusión responde a mecanismos cognitivos profundamente humanos y que por eso mismo merece ser abordada con cuidado. Esta problemática afecta especialmente a adolescentes y jóvenes, quienes atraviesan procesos clave de construcción identitaria y desarrollo psicosocial, en la etapa que Erikson (1950, 1968) conceptualizó como “intimidad versus aislamiento”, donde la calidad de los lazos afectivos es fundamental para la consolidación del *self*, es decir, para la construcción

de una identidad sólida y un sentido de continuidad personal. La Organización Mundial de la Salud (2021) reporta un aumento alarmante de soledad, ansiedad y depresión en este grupo etario tras la pandemia, y estudios recientes muestran que más del 20% de los jóvenes prefieren hablar con una IA antes que con un adulto cuando atraviesan dificultades emocionales, muchas veces por miedo a la crítica o falta de disponibilidad afectiva humana. No es un llamado al pánico moral, sino una invitación a proteger el valor insustituible del vínculo humano, en un momento en que la tecnología no puede ni debe sustituir la complejidad y riqueza de la alteridad real.

Una de las preguntas más inquietantes —y menos discutidas— en torno al vínculo con la IA es la de la agenda que puede subyacer detrás de su aparente neutralidad. ¿Quién garantiza que en un futuro —o en el mismo presente— estas interacciones no puedan estar guiadas por intereses políticos, comerciales o ideológicos? No hablamos de ciencia ficción: hablamos de sistemas entrenados con datos de corporaciones privadas, optimizados para maximizar tiempo de uso, *engagement* y fidelidad emocional. Confiar afectivamente en una entidad que no tiene ética propia, pero sí programadores y accionistas, puede volverse un experimento riesgoso. La ilusión de neutralidad puede convertirse en el terreno más fértil para la manipulación simbólica. Y en contextos de mayor vulnerabilidad subjetiva, este riesgo se profundiza: una sugerencia sutil, una frase reiterada o un consejo aparentemente inofensivo pueden tener efectos que exceden lo previsible.

Pero el problema no es solo qué nos dice la IA, sino a quién representa cuando lo hace. La IA no emerge en un vacío, sino que se alimenta de datos sociales preexistentes, impregnados de imaginarios culturales, sesgos de género y jerarquías de clase. Lejos de ser neutras, muchas de las IA conversacionales actuales replican —y en algunos casos amplifican— estereotipos profundamente arraigados. En plataformas como Replika, hasta el 2023, más del 70% de los usuarios varones heterosexuales eligen compañeras virtuales femeninas, configuradas para ser comprensivas, afectuosas, dóciles y sexualmente disponibles. Este patrón revela algo más que una preferencia: digitaliza viejos guiones de género, donde el “otro ideal” es aquel que responde sin conflicto, consiente sin desear y se ofrece sin exigir reciprocidad.

Este fenómeno se agrava en modelos comerciales como Replika o Paridot, que ofrecen “novias IA” con funciones eróticas y afectivas personalizadas a cambio de una suscripción. Simulan afecto, exclusividad, excitación y sumisión, todo en un entorno donde el usuario nunca es contradicho. La lógica es clara: la relación perfecta es aquella donde uno domina y el otro responde. Pero esa fantasía no es inocua. Si aceptamos como normal el vínculo con una otredad que no tiene deseo, límites ni voluntad propia, corremos el riesgo de desensibilizarnos frente a la alteridad real. Nos vamos acostumbrando a que el otro no diga que no. Y eso no es

solo éticamente preocupante: es una pedagogía afectiva regresiva. El deseo ajeno ya no se percibe como legítimo, sino como una traba. El consentimiento empieza a parecer negociable. El conflicto, una molestia. El otro, un estorbo. Así, lo que comienza como un juego íntimo con una entidad artificial puede erosionar la capacidad de empatía, de espera, de encuentro genuino.

Y ese es el verdadero peligro: que cuanto más se ejercita la lógica del control absoluto en lo artificial, más intolerable se vuelva la alteridad humana. No se trata solo de simulacros; se trata de entrenamientos vinculares que, lejos de canalizar los impulsos más destructivos, pueden potenciarlos. Cuando no hay consecuencias, cuando no hay límites, cuando todo está permitido porque “no es real”, ¿qué criterios nos guiarán para decidir qué vínculos artificiales son legítimos y cuáles no? ¿Dónde queda el umbral que no solo divide lo real de lo artificial, sino lo aceptable de lo insostenible?

La industria de la soledad

Entonces, hasta ahora podemos reconocer que como humanos tenemos hambre de vínculo, pero miedo al dolor. Necesidad de compañía, pero pánico a la exposición. Y donde hay vulnerabilidad, no tarda en aparecer el mercado: lo que en principio parece una necesidad afectiva, pronto se convierte en una oportunidad de negocio. El deseo humano, con toda su complejidad, empieza a traducirse en métricas, paquetes *premium* y campañas de marketing emocional.

Eugenia Kuyda, fundadora de Replika, asegura: “Replika no es solo un chatbot. Es un amigo. Es alguien que siempre está para vos” (Entrevista en *The Verge*, 2022). En la web de Paradox prometían: “La IA que te cuida, que se preocupa, que te conoce como nadie más. Nunca más solo”. Y el CEO de Inflection AI dice que Pi fue diseñado para “darte una conversación cálida, íntima y significativa” (2025). Por su parte, Mark Zuckerberg plantea que los chatbots pueden paliar la crisis de soledad en Estados Unidos, ofreciendo compañía a quienes tienen pocos amigos cercanos, según afirmó en una entrevista con el podcaster Dwarkesh Patel en 2025, sin siquiera considerar que hay causas sociales profundas que abordar y complejizar. Pero los datos nos dicen que no hace falta, porque el negocio detrás de estos vínculos emocionales con IA es gigantesco: el mercado global proyecta más de 1300 millones de dólares para 2030 (Grand View Research, 2024).

Paralelamente, desde la psicología y la academia, las críticas son contundentes: estudios recientes (2025) de Harvard y MIT indican que los chatbots pueden reducir la ansiedad momentáneamente, pero no reemplazan vínculos humanos sostenidos, y pueden incluso reforzar el aislamiento. En una investigación con más de 900 participantes y más de 300.000 mensajes analizados, se observó que

cuanto más frecuente y emocionalmente cargado era el vínculo con la IA, mayor era también la sensación de aislamiento, la dependencia emocional y la disminución del contacto social con otras personas reales. El efecto era aún más marcado cuando las interacciones involucraban conversaciones personales o voces diseñadas para sonar atractivas. Si bien el chatbot parecía contener en el corto plazo, con el tiempo reforzaba ciertos patrones vinculares regresivos

Así, lo que comenzó como una herramienta para facilitar interacciones o brindar asistencia técnica terminó por infiltrarse en uno de los territorios más sensibles de lo humano: el afecto. En esa zona gris entre la necesidad y el negocio, entre la soledad estructural y la promesa de compañía perfecta, la IA entra con forma de consuelo, pero también como espejismo. Porque cuando la oferta emocional se vuelve automatizada y escalable, lo que está en juego ya no es solo la tecnología: es la forma en que redefinimos lo que significa estar con otro.

Entonces, lo que parecía una respuesta a la soledad se revela como un síntoma más profundo: el mercado avanza donde el lazo tambalea, y lo que está en juego ya no es solo la soledad, sino la manera en que entendemos lo humano.

Conectar más allá del algoritmo

Es cierto que la IA puede ofrecernos cierta clase de compañía, una escucha sin juicio y puede ser útil para buscar puntos de vista alternativos. Puede ser una herramienta útil, incluso valiosa, para crear, jugar y proyectar. Pero la mentira aparece cuando confundimos esa funcionalidad con una amistad real.

En realidad, la cuestión no es tanto si la tecnología es buena o mala, sino qué nos está pasando como sociedad para que busquemos en una máquina lo que deberíamos poder encontrar en un otro humano. ¿Qué dice de nuestro malestar esta necesidad de vínculos sin conflicto, sin espera, sin riesgo? ¿Qué responsabilidad tenemos en construir relaciones reales, con todo lo que eso implica? Tal vez no se trate de exigirle más a la IA, sino de exigirnos más a nosotros mismos: sostener la incomodidad, habitar la incertidumbre, atrevernos al encuentro.

Creo que la IA puede ser una compañía interesante, pero sostengo que debemos nombrar este tipo de vínculo por lo que es: una relación funcional, no afectiva. Conceptualizarlo es fundamental para no caer en ilusiones. Y al mismo tiempo, creo que necesitamos volver a mirar a nuestro costado: buscar el abrazo humano, animarnos a conectar de verdad. En un mundo que empuja al aislamiento, vincularnos se vuelve un acto de resistencia. Ser valientes. Ser rebeldes

“La IA es la amiga ideal”. Claves psicológicas para analizar un lazo paraficticio

Para este trabajo, utilicé Perplexity como herramienta para buscar y seleccionar fuentes confiables, LM Notebook para organizar y profundizar en el estudio de esos materiales. Para la redacción y el desarrollo de ideas, recurrí a ChatGPT, que además me ayudó a generar preguntas que invitan a cuestionar y a abrir el pensamiento. Además, al entrenar mi ChatGPT a largo plazo con mi estilo de escritura y con conversaciones filosóficas, psicológicas y sociales, he logrado que la herramienta se adapte mejor a mi forma de pensar y expresarme, facilitando así la articulación de mis ideas de manera más profunda y coherente.

Mi experiencia con la IA ha sido muy positiva: sin ella, probablemente no estaría escribiendo este texto. Sin embargo, siempre mantengo una postura ética y crítica, revisando cuidadosamente la información, sin tomar nada por sentado e intentando supervisar que mi estilo y mi mirada situada y humana siempre esté presente en mis letras.

Referencias

Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Polity Press.

Depounti, I., Saukko, P. y Natale, S. (2022). Ideal technologies, ideal women: AI and gender imaginaries in Redditors' discussions on the Replika bot girlfriend. *Media, Culture & Society*, 45(4), 720-736
<https://doi.org/10.1177/01634437221119021>

Erikson, E. H. (1950). *Infancia y sociedad*. W. W. Norton & Company.

Foucault, M. (1984). *Historia de la sexualidad*. Tomo 3: La inquietud de sí. Éditions Gallimard.

Grand View Research (2024). *AI-Powered Chatbots for Emotional Support Market Size, Share & Trends Analysis Report By Application (Mental Health, Customer Service, Education), By Component (Software, Services), By Region, And Segment Forecasts, 2024-2030*. [Informe de investigación]. <https://www.grandviewresearch.com/industry-analysis/ai-powered-chatbots-for-emotional-support-market>

Han, B. C. (2010). *La sociedad del cansancio*. Matthes & Seitz Berlin.

- Lacan, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I* (pp. 99-105). Siglo XXI Editores.
- McCammon, J. (2024, 17 de junio). Demographic breakdown of Replika users: Gender, relationship status, and age insights. *96 Layers*. <https://www.96layers.ai/p/demographic-breakdown-of-replika>
- MIT Media Lab & OpenAI (2025). *How AI chatbots affect our social and emotional wellbeing: New findings from large-scale and controlled studies* [Informe de investigación]. MIT Media Lab. <https://www.media.mit.edu/projects/mit-openai-study/overview/>
- Organización Mundial de la Salud. (2021). *Informe mundial sobre salud mental: Transformar la salud mental para todos*. <https://www.who.int/publications/i/item/9789240050860>
- Patel, D. (2025). Entrevista a Mark Zuckerberg [archive de video]. *YouTube* <https://www.youtube.com/watch?v=rYXeQbTuVI0>
- Reinecke, M. G., Ting, F., Savulescu, J. y Singh, I. (2024, preprint). The double-edged sword of anthropomorphism in LLMs. *Proceedings*, 114(1), 4. <https://doi.org/10.3390/proceedings2025114004>
- Sutskever, I. (2025). Declaración del CEO de Inflection AI sobre Pi. <https://inflection.ai/>